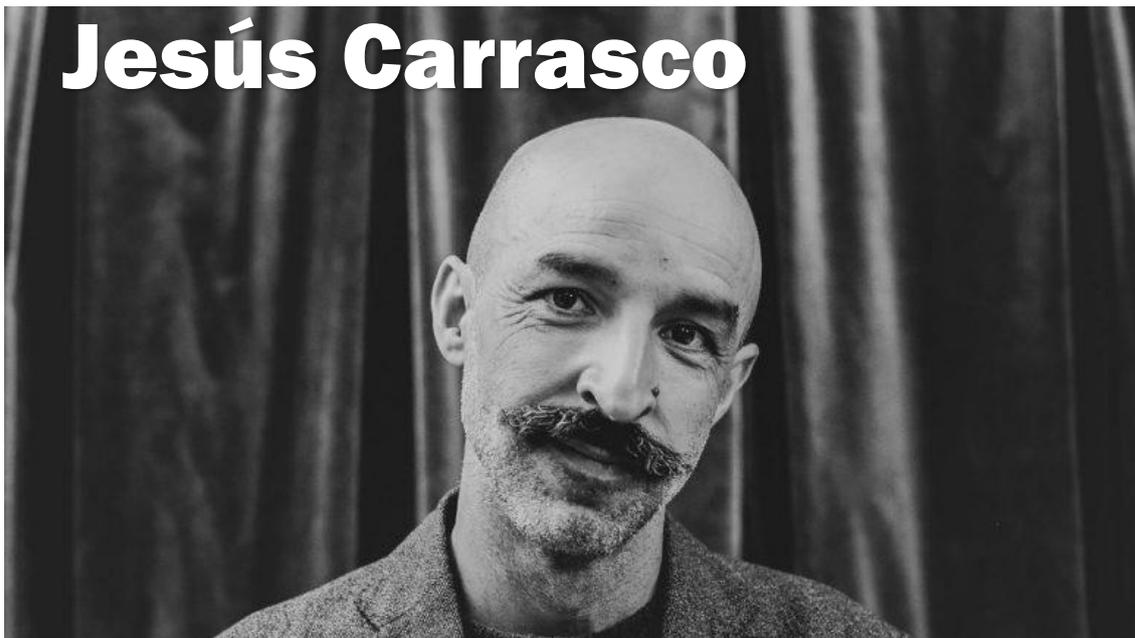




Jesús Carrasco



Crédito foto: Lupe de la Vallina

"El mejor regalo a nuestra madre anciana es una llamada, tan simple como eso"

Por Xavi Ayén (La Vanguardia, 2021)

La irrupción de Jesús Carrasco (Badajoz, 1972) en el panorama literario español, con "Intemperie", en el 2013, fue espectacular. A aquella angustiante historia de un chico huyendo de sus salvajes perseguidores por un paisaje rural –que ha tenido película y traducciones a veinte idiomas– le siguió "La tierra que pisamos" (2016), ambientada en una España ocupada por una potencia extranjera y con un señor que aparecía agazapado en un huerto. Su nueva propuesta, "Llévame a casa" (Seix Barral), que se pone hoy a la venta, está protagonizada por Juan, un hombre que dejó la casa de sus padres en el pueblo y tiene su vida montada en Edimburgo, donde trabaja en el Jardín Botánico. La muerte del padre le hace volver y afrontar responsabilidades de las que había estado huyendo. Carrasco responde a este diario por videoconferencia desde su casa en Sevilla.

De los grandes dramas a la vida cotidiana. "Supone un giro, un cambio –admite–. Quería explorar otros territorios, lugares reconocibles, como Edimburgo, donde viví tres años, y la comarca toledana de Torrijos, donde crecí y donde vive mi madre, como los dos extremos de una cuerda tensa para el personaje".

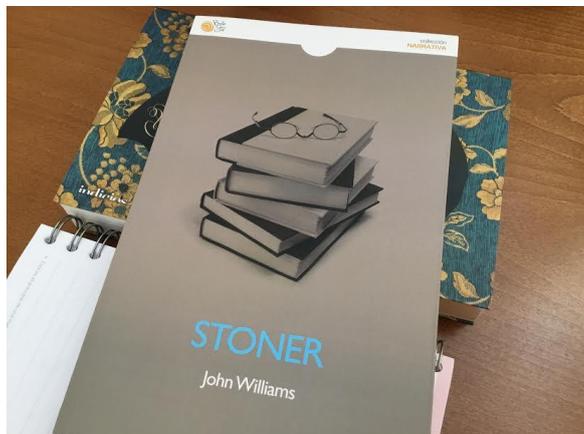
Por primera vez, se trata de una obra "muy autobiográfica, mi padre falleció en el 2010, el material que he empleado estaba en mis bolsillos, les he dado la vuelta y he mirado qué llevaba ahí. Está también la mirada de un tipo cerca de los 50 años, que se encuentra con los padres envejeciendo, es un cambio de fase, la entrada en una madurez muy seria. Ahora son los padres los que requieren ayuda".

Con escenas de gran intensidad, contando el argumento parecería que no pasa nada... aunque pasa todo. "Esa es la literatura que me gusta -responde el autor-. En la pandemia he leído Stoner, la novela de John Williams, en la que también parece que no pasa nada y desfila una vida entera con todas sus miserias y sus



Tertulias Literarias

brillos íntimos. No me centro en nada rutilante, sino en pequeños éxitos y fracasos caseros, no me muevo en otra esfera que la de lo cotidiano, como si fuera una letanía, falsamente monótona”.



Crédito foto: elblogdebailedelsol.blogspot.com

Hasta las gestiones burocráticas –la pensión de viudedad, los trámites del funeral– se revelan interesantes. “A todos nos pasan esas cosas. La literatura es esa lupa para mirar lo que pasa en la cola del paro, en una cocina, cuando ves a tu madre...”

Isabel, la hermana de Juan, le recrimina que está huido, desaparecido, que no cumple con sus responsabilidades, pero él cambiará a medida que pasan las páginas. “Ese es el leit motiv, la gasolina, de la novela, su transformación mínima, el resto lo desarrollará en privado, lejos de los ojos del lector,

tras el punto final. Hablo de los aprendizajes, ¿por qué cosas que tu vecino aprende en 5 minutos a ti te cuestan una vida?”.

La hermana y su marido catalán son biólogos y viven en el barcelonés paseo de Gracia, pues han montado una exitosa empresa con ramificaciones internacionales. Una compañía muy diferente a la empresa familiar del pueblo, un taller que fabrica puertas y otros objetos de madera. “Juan escapó de ese lugar, la fábrica, del trabajo junto a su padre, y a eso ha vuelto. Someto al personaje a muchas pruebas, le cambian el paso. Esa empresa es más bien una excusa para que su único empleado pueda seguir trabajando hasta que se jubile, ese es su único objeto social”.

Carrasco, que fregó “muchos platos” en Edimburgo, cuenta que Juan vive la ciudad escocesa como “una ensoñación que parte del sentimiento de inferioridad latino con respecto al norte. Hay que recordar que nosotros también somos el norte de alguien. Su mirada convierte Edimburgo en un paraíso privado y adorna todo lo que se encuentra arriba, que no es menos miserable que lo de abajo, son barrios de película de Ken Loach”. El rododendro que cuida allí “encierra la forma de su sueño, es un arbusto con floración magnífica, requiere cuidados especiales y simboliza su nueva vida tras años de penurias”.

La enfermedad cerca al protagonista: su padre, su madre, su amigo Fermín... “Lo que se encuentra en su camino no son más que fenómenos naturales, solo hay que dejar que pase el tiempo para que sucedan. En esta sociedad avanzada, en que todos somos capaces de dar un perfil precioso en instagram, el coronavirus de repente mata a gente joven y nos enseña lo que es el mundo. A Juan le ponen en su sitio también”.



Cuando ve que una mujer abraza fuertemente a su madre, “se pregunta ‘¿quién es mi madre?’, ‘¿por qué la abrazan?’... Se da cuenta de que no conoce mucho a su madre, que han tenido una relación fría, distante, funcional. No tienen mucho en común, sin embargo es su madre y se reconcilia con ella”.



Tertulias Literarias

La magdalena proustiana sería aquí “el olor a coliflor hervida, que simboliza una España rancia, cuántas casas y patios apestaban a coliflor, como naftalina para las polillas, desde la calle lo olías y sabías que te estaba esperando”.

Su hermana Isabel le cuenta a Juan varias cosas: “Mamá no necesita llamarnos’, le dice, ‘sino que la llames tú’. Todos los que tenemos una madre anciana lo sabemos. Yo, lo máximo que le puedo regalar es llamarla, una cosa así de sencilla. Juan tiene ganas de eludir su responsabilidad, dice que la atenderá mejor una profesional, pero esa persona no va a conectar a la mujer con sus recuerdos. En la última fase de la vida, es importante hacer balance con los hijos, un resumen final, yo quisiera haberlo podido hacer el día que me muera”.

Emocionante pero no triste, a 'Llévame a casa' la atraviesa un vitalismo potente. “Mis dos primeras novelas eran muy oscuras –evoca el autor–, estaba abrumado de tanta oscuridad. Me propuse hacer una novela no optimista, porque no es mi estilo, pero que transitara de la penumbra a la luminosidad, donde el protagonista se fuera abriendo a la luz”.

Que nadie espere el rico léxico de 'Intemperie'. “Allí el aparejo del burro, por ejemplo, creaba una atmósfera necesaria para que hubiera una liturgia compartida. Aquí no es necesario, se trata de un encuentro doméstico, tiene más poder vehicular un vaso de Nocilla, una botella de La Casera o un trozo de merluza”.

<https://www.lavanguardia.com/cultura/20210203/6218358/jesus-carrasco-hijo-vejez-madre-casa.html>



Crédito foto: I. Giménez (Seix Barral)

Parábola del descastado (manuelsoa.es, 2021)

Nuestro diccionario entiende como descastado al ingrato, al que no corresponde al afecto de su familia y sus amigos, también a quien ha perdido o renunciado al vínculo con su origen. Según cualquiera de estas dos acepciones, Juan, el protagonista de “Llévame a casa”, el último libro de Jesús Carrasco (Olivenza, 1972),



Tertulias Literarias

4

podría ser un descastado, así se lo reprocha a sí mismo cuando debe abandonar su residencia en Edimburgo para enterrar a su padre fallecido y asumir los cuidados de su madre enferma. Esta es la base de un conflicto personal, generacional e incluso cultural que cualquier lector ha podido también experimentar y que sirve de guía a esta novela, la cual huye del intimismo y el sentimentalismo profesados muchas veces a estos temas. En su lugar, “Llévame a casa” esconde las propias vivencias del autor tras las tensiones domésticas y costumbristas entre dos generaciones: la de los padres, entregada al trabajo, la resignación y el cuidado de los miembros de la familia sin concesión alguna a las muestras de cariño; y la de los hijos, criados con los medios y oportunidades de los que sus progenitores carecieron, pero que en el momento de la madurez se topan tanto con la crisis económica como con la necesidad personal de construir su propio camino. En esta segunda generación, en Juan, en su hermana Isabel, en cierta medida su antagonista, aflora idéntico conflicto: optar entre el individualismo que la sociedad capitalista nos ha inoculado y que es simbolizado por Edimburgo, uno de los exilios más habituales de los jóvenes españoles, o responder al vínculo familiar y católico tan arraigado en nuestra sociedad, hacer lo que se espera de uno, no ser un descastado. De esta manera, la antítesis de la capital escocesa es el pueblo toledano de Cruces, es heredar el modesto y ruinoso negocio familiar, es tu dormitorio de adolescente, es fatigar los mismos bares y senderos de tu juventud.

Una vez que estos raíles quedan claros en las primeras páginas, la novela se desliza por un camino previsible y sin ninguna estación que depare al lector giros o sorpresas. Por supuesto que hay una evolución en la forma de ser de Juan, pero la esperada y ninguna más. La emoción de este libro radica en el patetismo de algunas escenas, en la falta de empatía de Juan hacia sus iguales, que nosotros sí experimentamos hacia sus personajes un tanto prototípicos; no la hay, sin embargo, en el propio conflicto, en los diálogos ni en los choques entre posturas ni puntos de vista. Estos se escurren y muestran de forma sugerente a través de los objetos, los usos, la descripción de la vivienda como símbolos de la brecha generacional y de concepción de la familia. No obstante, a la novela en su conjunto le falta fuerza y el haber asumido mayores riesgos dramáticos que la saquen del discurrir un tanto insulso donde las excesivas cotas de omnisciencia del narrador la sumen.

Es justo valorar a un escritor según su obra pasada y más cuando esta constituye el eslogan para promocionar la presente. En 2013 Jesús Carrasco protagonizó uno de los fenómenos más valientes de la narrativa española con la muy celebrada *Intemperie*. En esta deslumbrante novela, el pacense rozó lo cuadratura del círculo al conjugar un estilo sobrio y enunciativo con un bello lirismo. Esto junto al tan original trazo de ambientes y personajes le atribuyó una merecida comparación con Delibes y Cormac McCarthy. Aquel trabajo de orfebre con el lenguaje se atisba en *Llévame a casa*, pero no se acaba encontrando y ni mucho menos gozando como hicimos en su ópera prima. Tanto en esta como en la ucronía *La tierra que pisamos* de 2016, Carrasco proponía al lector espacios y tiempos sugerentes, pero difusos, lo contrario al realismo doméstico de platos de Duralex y manteles de hule de su último libro. Al mudar su narrativa hasta estos referentes tan próximos a su propia experiencia, parece que Carrasco opta por un distanciamiento estilístico a lo Raymond Carver, en centrarse en la descripción y el valor de los pequeños detalles y objetos, pero dejando de lado el lirismo de otras ocasiones y maniatando a los personajes con un narrador muy expansivo, lo cual resulta un tanto incoherente y lo contrario a lo que el padre del realismo sucio practicaba en sus cuentos. Con todo ello, *Llévame a casa* sugiere, pero no convence y emociona, pero no conmueve. Acabadas sus páginas, lo que deseamos es volver a leer *Intemperie*.

Seix Barral

Jesús Carrasco
Llévame a casa


<https://www.manuelsosa.es/articulos/parabola-del-descastado-critica-de-llevame-a-casa-de-jesus-carrasco.html>



"La asociación entre emoción y debilidad nos pesa demasiado"

Entrevista con Jesús Carrasco

Por Francisco Camero (Diario de Sevilla, 2021)

Llega un momento en la vida cuando el tiempo nos alcanza. No lo decimos nosotros; lo dijo –mucho mejor de lo que nosotros podríamos– Cernuda. Y también nos lo dice –a su manera, en un hermoso retrato de familia, es decir, en un a veces amargo, a veces luminoso registro de lazos que hieren y asfixian y alivian y salvan– la historia de Juan Álvarez, el protagonista de *Llévame a casa* (Seix Barral), la nueva novela de Jesús Carrasco, el bigote más famoso de los sevillanos de adopción. Ni joven ni viejo, Juan ha conseguido, tras no pocas penalidades y bandazos, llevar una vida muy parecida a la que quería vivir en Edimburgo, en una lejanía –de paso– de lo más conveniente para esquivar toda responsabilidad familiar. Pero la vida, que no es de respetar mucho nuestros esforzados e insignificantes planes, lo llamará de vuelta a casa con cajas destempladas: su padre acaba de morir. Y hay una madre con problemas de salud a la que atender. Y una hermana que por ciertas vicisitudes ya no puede sacrificarse más por los dos, por ella y por él. Así que ahí está Juan, en el sitio del que huyó, agarrado de la solapa por una deuda tan delicada que no se paga con dinero.

Hay una larga tradición literaria, si hablamos del ámbito doméstico y de vínculos familiares, que consiste en el ajuste de cuentas, ya sea compasivo o, frecuentemente, desabrido. Usted en cambio ha preferido reflexionar sobre nuestra responsabilidad como hijos...

Es una cuestión de edad. Además, la muerte de mi padre también me pilló lejos: no estuve lo suficientemente despierto... Y también está el hecho de ser padre: hay cosas a las que uno no llega y entonces hace lo que puede, de eso te das cuenta pronto. Así que todos los reproches que yo en algún momento entendí que podía hacerle a mis padres, de alguna manera, ahora se han tornado en preguntas. En mi casa nunca faltó el amor,



Tertulias Literarias

un amor sin apostura, como se dice en el libro, pero entiendo ahora por qué. Escribir el libro ha sido prácticamente una catarsis. De modo que mi mirada a ese territorio literario del que hablas viene condicionada por todo esto.

Seix Barral Biblioteca Breve

Jesús Carrasco

La tierra que pisamos



Leyendo la novela, uno intuía que, tras Intemperie y La tierra que pisamos, ésta era su novela conectada con su propia vida de manera más directa, más íntima. Y lo acaba de confirmar. ¿Eso ha hecho que la escritura sea más fácil o al contrario?

Todo parte de un bloqueo muy grande que sufrí tras La tierra que pisamos. Cuando terminé el libro me fui a Escocia y estuve allí tres años. Y en los cinco que han pasado desde entonces he escrito tres novelas, es decir, antes de Llévame a casa otras dos a las que me dediqué en cuerpo y alma... pero que se quedaron en el cajón porque no me sacaba de encima el sentimiento de agotamiento, la necesidad de avanzar. Y al final llegué a la conclusión de que escribir es como meterte la mano en el bolsillo, y lo que sacas es lo que hay. En vez de irte al quinto pino en busca de la vivencia como si fuera uno Hemingway, ahí puede haber literatura también, ahí puede estar, de hecho, tu literatura. Y eso he hecho. Lo cual, automáticamente, choca con el pudor, y yo soy una persona muy pudorosa, muy celosa de mi intimidad, pero me pareció que ahí había un material que podía contar bien. Y efectivamente eso desembocó en una escritura muy fluida, sentía que ya no peleaba con la literatura sino que de alguna forma la acompañaba, que las cosas se iban desenrollando delante de mí como una alfombra. Es algo que nunca me había pasado. Dijo en una entrevista Fernando Aramburu que estaba cansado ya de esconderse en personajes de ficción, y algo así me empieza a pasar a mí: pues ya está, si al final todo el mundo sabe de qué escribe un escritor, de su propia experiencia, de su propia vida. No todo lo que cuento es real, mi madre, por ejemplo, no es la madre de la novela, ella tiene otro carácter, otras virtudes y otros defectos, pero el libro tiene una carga autobiográfica importante, sí.

En el recorrido vital de su protagonista hay no pocos ecos generacionales. ¿En qué medida la novela tiene voluntad de interpelación, por ejemplo acerca del egoísmo al que parece abocarnos nuestra actual forma de vida?

No soy consciente de haber interpelado a mi generación. Soy un hombre de una generación determinada y el personaje tiene una mirada, digamos, de la parte de la vida en la que yo más o menos estoy. Por ahí, sí, puede ser, pero es en todo una consecuencia indirecta. El personaje es egocéntrico al principio, torpe, anquilosado emocionalmente, un eterno adolescente al que le han permitido serlo. Y parte de su evolución tiene que ver con su toma de conciencia de lo que ocurre a su alrededor. Cuando te ves en un callejón sin salida, como a él le pasa, puedes hacer aspavientos, puedes cabrearte, pero qué más puedes hacer. Es como si, caminando solo, ves en mitad de la calle a un niño abandonado: ¿qué haces, te vas? No hay en él heroísmo, sino fatalismo: hace lo que no tiene más remedio que hacer.



Tertulias Literarias



Crédito foto: TVE

Cuántas madres no habrá en España como la de su novela. Se diría que son los verdaderos pilares sobre los que descansa la sociedad... y sin embargo cuando se habla de asuntos como la organización de los cuidados, como se han dado en llamar, siempre hay alguien que raudo tuerce el gesto, como si fuese una gilipollez, algo tan menor que no merece siquiera un debate digno de tal nombre...

Lo cual refleja una visión del mundo muy machista y muy descuidada, valga la redundancia. Es muy cómodo no tener que ocuparse de todo lo que implica llevar adelante una casa, si no tienes que estar pendiente de si el niño tiene que llevar un bocadillo al colegio o si la niña tiene examen de ciencias, si no tienes que reparar en que faltan cosas en el frigorífico y hay que reponer; y mientras tú, a tus cosas, en la calle, en el trabajo, fenomenal... Por eso es un privilegio no tener que pringarse en ese día a día. Y por eso es de justicia que repartamos tareas y está muy bien, de hecho, que los hombres aprendamos a hacer cosas por las que no vamos a recibir ninguna recompensa. Pero es que además la vivencia más íntima de la realidad está hecha de esas cosas pequeñas, y por eso me parece que, en general, dado que la historia ha colocado a la mujer bajo el techo de su casa, la mirada femenina tiene una mayor capacidad de penetración sobre el hecho humano.

Otra cuestión muy presente es el pudor expresivo de los padres nacidos en la posguerra. Se diría que hay ahí una brecha generacional más grande incluso que la de los gustos musicales o el dichoso poliamor, que en realidad es tan viejo como el sexo...

Obligados como estuvieron a levantar un país después de una guerra, nuestros padres, particularmente los hombres, tenían siempre muy presente esa asociación entre emoción y debilidad que hoy sigue siendo clara, y sigue pesando demasiado. Ya cantaba Pedro Guerra algo así como que puedes castigar a un hombre hasta la extenuación, pero dale un soplo en su querer y ya está, ese hombre ha caído. No se podían permitir flancos débiles, ni siquiera en el entorno doméstico, tenían que aparecer como gente de una sola pieza, de la que nunca llora, ni se queja: ahora se dice resiliencia, antes era aguante, y mucho antes estoicismo. Asumir todo esto seguramente nos sacó adelante como país, pero por contra se llevó por delante a miles de padres que por vergüenza jamás le dieron un abrazo a su hijo. Algo que por otro lado no es fácil, parece una cosa sencilla



Tertulias Literarias

pero no es tan fácil darle un abrazo a tu hijo, por eso a mí me ha dado envidia la forma mucho más tranquila y natural de las mujeres de expresar el afecto.



En todos sus libros la muerte está presente de manera decisiva. Es un tema eterno, universal, vale, pero en su caso ¿por qué su obra siempre merodea en torno a esta cuestión?

Porque no hay un día en mi vida que no piense en la muerte, no recuerdo uno sólo que se me haya pasado sin dedicarle a la muerte al menos un pensamiento. No intencionadamente, no digo venga, ha llegado la hora de pensar en la muerte, me pongo una alarma y pienso en la muerte, evidentemente no. Surge en la contemplación más cotidiana de lo que me rodea. Algún día todo se

termina. Y éste me parece un pensamiento muy necesario, entender eso te ayuda a relativizar mucho, desde mi aprendizaje del inglés, que tanto esfuerzo me cuesta y luego es tó pa ná, como decía el torero, hasta... cualquier cosa. Saber que todo se va a acabar me ayuda, por ejemplo, a aprovechar el tiempo, a tener una conciencia mucho más clara de su paso. Mi padre se murió sin que nos diéramos un abrazo, y me gustaría que no me pasara con mi madre ni con cualquiera de las personas a las que verdaderamente quiero. Yo no quiero ser funesto, ni plúmbeo, no quiero aguarle la fiesta a ningún instagramer ni a nadie, pero ya les digo desde aquí que se van a morir también. Hay tiempo para todo, eh, con 25 años no tienes por qué pensar en la muerte, ni con 30 ni con 40, cada uno que lo haga cuando quiera. Para mí, tener esto presente, que algún día ya se acabará nuestro tiempo, es necesario, y tan natural como la vida.

Ha declarado recientemente que con *Llévame a casa* se propuso escribir una novela más esperanzadora que las anteriores. ¿Lo ha logrado?

Nunca voy a escribir una novela maniquea en el sentido de que todo acabe bien, porque la vida no es así. Pero dentro del rango que se puede esperar de mí, creo que sí, que en la novela hay un camino que se abre, va de una calle estrecha a una ancha, podría decirse, porque el personaje va encontrando su lugar en el mundo, un lugar más real, más armónico y natural. No sabemos qué va a pasar con él, no se cae de ningún caballo, y puede que incluso vuelva a Edimburgo, no se dice en ningún momento que se vaya a quedar ahí para siempre, pero sí que se percibe que hay una reconciliación con el paisaje de su infancia, con el mundo. Después de todo, es un camino natural en el ser humano: te vas para inaugurar tu vida, a veces para ello de algún modo te tienes que oponer a tu familia, y una vez que estás lejos, una vez que no estás, porque te has ido, entonces te das cuenta de que ya sí puedes volver.

https://www.diariodesevilla.es/ocio/jesus-carrasco-llevame-casa-entrevista_0_1546347339.html

*O copyright das imaxes utilizadas pertence aos/ás seus/súas respectivos/as autores/as

